



LUCÍA MEGÍAS, José Manuel: *La juventud de Cervantes. Una vida en construcción: retazos de una biografía en el Siglo de Oro. Parte I*, Madrid, EDAF, 2016, 288 págs. ISBN: 9788441436169.

Eduardo Torres Corominas
Universidad de Jaén

Al calor del cuarto centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, José Manuel Lucía Megías, catedrático de Filología Románica de la Universidad Complutense de Madrid, ha emprendido la tarea de elaborar una nueva biografía del escritor alcalaíno que contribuya a progresar en el conocimiento de su figura, así como a difundirla entre un público de amplio espectro para quien está concebido este cuidado proyecto editorial. Como explica el propio autor en la carta dedicatoria al lector, frente a las biografías precedentes, que se han sucedido en nuestra tradición académica desde 1738, la presente tiene como propósito declarado la superación de la imagen mítica del escritor para volver los ojos al hombre de carne y hueso, el que vivió en la España de los Austrias, con sus valores y forma de vida. Para ello, a lo largo del relato se analizan muchos de los hitos historiográficos que han contribuido, precisamente, a esa mitificación, con el fin de poner en evidencia el origen y sentido de dichas adulteraciones, algunas de las cuales, tras hacer fortuna, han llegado a erigirse en lugar común para la crítica. Es esta perspectiva crítica, pues, lo primero que debe subrayarse de la obra, que emplea para la reconstrucción del personaje no las categorías de nuestro tiempo –aquellas que tantas veces han tergiversado la historia por recurrir a un instrumental equivocado, cuando no abiertamente ideologizado–, sino las que se hallaban vigentes en el siglo XVI y eran propias del mundo que habitó Miguel de Cervantes, un joven sin suficiente formación o relaciones personales como para integrarse o medrar con facilidad en la España de Felipe II, por muchos que, desde la atalaya de su legado cultural, numerosas investigadores hayan querido cincelar una biografía heroica y ejemplar –a la altura de su literatura– que no se corresponde con la realidad de los hechos ni con la escasa documentación conservada sobre su persona.

En esta primera entrega de la biografía, concebida en tres partes, José Manuel Lucía Megías se ocupa de manera particular de la juventud de Miguel

de Cervantes, desde su nacimiento hasta 1580, año en que regresa de Argel tras su liberación y emprende una nueva etapa destinada a ascender en la Corte. El camino recorrido hasta entonces –su estancia en Madrid, su etapa como militar en los tercios de Italia y el cautiverio en el norte de África, entre otros aspectos– representa, pues, la materia fundamental del presente volumen, donde se conciben los primeros años del manco de Lepanto como un período abierto a posibles caminos propios de una vida “en construcción”. Y es que, lejos de la hagiografía literaria, el autor presenta lisa y llanamente la vida de un joven que todavía no ha encontrado su lugar en el mundo y que trata de abrirse por distintas vías –la administrativa, la militar o la literaria– que se irán truncando sucesivamente, obligándolo a reinventarse una y otra vez en pos de la buena fortuna. Tras esta primera fase, llena de tentativas y frustraciones, de la que da cuenta el presente volumen, las siguientes dos partes –salidas de la imprenta con pocos meses de distancia con respecto a esta primera– se ocupan, respectivamente, de la vida en la Corte de Cervantes tras su regreso de Argel –momento en que su mayor propósito es alcanzar un oficio real digno y bien remunerado- y de su período de plena madurez, asentado ya en Madrid, durante el que escribió la mayor parte de su obra. Una obra en la que nuestro autor –siempre en los ambiguos límites entre realidad y ficción- supo sembrar con habilidad no pocas pistas para la edificación mítica de su propia biografía, tal y como señala agudamente Lucía Megías.

Una vez expuestas las coordenadas básicas de la obra –y antes de pasar al análisis de su contenido- se hace preciso destacar algunos de los aspectos fundamentales que configuran la escritura de *La juventud de Cervantes*. El primero de ellos es su didactismo, que se aprecia en un encomiable esfuerzo por acercar el objeto de estudio a los lectores de un modo claro y ameno, con una prosa limpia de retoricismos o tecnicismos vacuos que, sin embargo, no pierde un ápice de su rigor y su profundidad, incluso en aquellos pasajes donde la prosa se hace más literaria para dotar de animación novelesca al relato, tal y como sucede, por ejemplo, en la recreación de la batalla de Lepanto. Al mismo propósito contribuye un riquísimo despliegue gráfico que, además de incrementar el potencial pedagógico de la obra, mejora claramente su presentación y atractivo visual. En lo tocante al contenido, *La juventud de Cervantes* no se ciñe exclusivamente a los escasos datos aportados por la documentación de archivo o a los testimonios extraídos de la literatura, sino que parte de ellos para dibujar una completa reconstrucción del período donde aquellas noticias quedan debidamente contextualizadas, de manera que puedan así ser interpretadas con rigor y justicia, sin dejar apenas espacio para la idealización o la falsificación histórica. A ese respecto, no hay más que recordar el modo en que el autor describe los oficios reales, la vida militar de los tercios, el funcionamiento de las galeras o el particular microcosmos que constituyó la ciudad de Argel en el Mediterráneo. Por esta vía, la obra se convierte en una pequeña enciclopedia cervantina plagada de sabrosa información y minuciosas explicaciones de gran interés para el lector curioso.

Si volvemos ya los ojos hacia su contenido, podemos afirmar que el primero de los seis capítulos que componen la obra, “Miguel de Cervantes, el escritor con rostro de papel”, resulta fundamental para comprender el sentido de esta nueva biografía, pues pone de manifiesto los problemas endémicos arrastrados por el cervantismo desde el siglo XVIII. En efecto, en estas páginas Lucía Megías explica el modo en que la imagen del escritor se proyectó de un nuevo modo a partir de 1600, cuando los autores literarios conquistaron un nuevo espacio de libertad, al margen de las relaciones clientelares, gracias a su profesionalización. Cervantes, aunque se benefició de este nuevo espacio inaugurado por el *Guzmán de Alfarache*, no llegó a disfrutar en vida sin embargo de esa imagen iconográfica ofrecida por los grabados, como sí ocurrió en el caso de Mateo Alemán. En todo caso, el alcalaíno sí supo ofrecer una elocuente descripción literaria de sí mismo en la edición de las *Novelas ejemplares* de 1613, donde la palabra sustituyó al grabado a la hora de cincelar su fisonomía. A partir de la misma, la edición inglesa del *Quixote* preparada por Thompson (1738) ofrecería el primer retrato del escritor, compuesto por Kent, que señalaría el camino para numerosos pintores que lo tomarían como modelo. Así, se fueron descubriendo en décadas posteriores diversas obras pictóricas atribuidas a Alonso del Arco o a Juan de Jáuregui, entre otros, que contribuyeron a forjar la imagen tópica del rostro de Cervantes. Unas y otras obras, copias del retrato de Kent o meras falsificaciones, no facilitaron un conocimiento verdadero del inmortal escritor, sino que, al contrario, sirvieron para configurar en cada período la imagen del Cervantes que se deseaba construir –un héroe nacional, las más veces- por motivos ideológicos. Con este caso, en fin, situado a la cabeza de la biografía, Lucía Megías ilustra elocuentemente las deformaciones historiográficas que pretende denunciar y desmontar desde un principio, pues su objetivo no es otro que aproximarse al hombre, al Miguel de Cervantes de carne y hueso, que ha permanecido oculto tras los oropeles del mito nacional.

A partir de esta idea, el capítulo segundo, “Miguel de Cervantes, la construcción biográfica de un mito literario”, explica cómo la tradición historiográfica ha empleado como materia prima para reconstruir la vida de Cervantes la documentación de archivo conservada, las citas y referencias que el autor complutense fue dejando en su obra y, finalmente, los escasos datos expurgados de otros escritos. Todo este caudal, siendo de por sí escaso para tan magna empresa, ha sido normalmente aderezado a través de una interpretación personal cercana a la glorificación que alcanzó su máxima expresión en los siete tomos publicados por Astrana Marín entre 1948 y 1958. He ahí, en líneas generales, los límites del problema y las querencias de una tradición académica que tantas veces se ha apartado de la objetividad en el análisis. A partir de este punto, Lucía Megías recuerda los principales estudios que, en los tres últimos siglos, se han ocupado de la biografía de Cervantes, comenzando por el que preparó Gregorio Mayáns a mediados del siglo XVIII –compuesta esencialmente a partir de noticias extraídas de los textos cervantinos- para acompañar la edición de lujo preparada en Inglaterra por Thompson. En este proceso, hace memoria también de la obra de Martín Fernández de Navarrete, quien desde 1804 dirigió la búsqueda sistemática de documentación de archivo para escribir

una biografía diferente, alejada de los datos literarios y de las especulaciones más o menos intencionadas. El *corpus* documental reunido por Fernández de Navarrete -31 documentos exhumados de los archivos parroquiales de Alcalá y Esquivias, así como de los Archivos General de Simancas y de Indias- se iría ampliando paulatinamente a lo largo del siglo XIX con la labor de hombres como Jerónimo Morán o Ramón León Maínez, que culminarían con la obra monumental de Luis Astrana Marín a mediados del siglo XX. Más interesantes si cabe son las apreciaciones críticas que el autor añade a continuación, pues subraya el hecho de que, más allá del hallazgo de nuevas fuentes, es fundamental la lectura de los documentos ya conocidos en su totalidad, así como la recuperación de su unidad, iluminando con esta nueva lectura la razón de su finalidad y conservación. Según sus palabras, esto nos debería llevar a cuestionarnos la fiabilidad real que aportan sus noticias. Y es que no todo documento cervantino ofrece una información objetiva, pues algunos de ellos, los más interesantes para un acercamiento a su vida cotidiana –al margen de sus labores profesionales– están escritos con una clara intención por parte de Cervantes o de su familia: apoyar una petición de merced o conseguir los fondos necesarios para su liberación, según los casos. Esta profundidad de juicio, en fin, será la que presida en adelante el discurso de Lucía Megías, donde la pequeña historia del cervantismo irá jalonando los distintos episodios de la biografía, al igual que la descripción y análisis de las fuentes, sin ninguna duda, una de las mayores virtudes de la obra.

Con estos pertrechos, el autor inicia en el capítulo tercero, “Miguel de Cervantes, estudiante (1547-1568)” el recorrido por la biografía de nuestro escritor más universal. En primera instancia, Lucía Megías se remonta a los orígenes familiares de Cervantes, quienes sirvieron a los duques del Infantado y recorrieron, en sus distintas generaciones, poblaciones tan dispares como Córdoba, Sevilla, Alcalá de Henares o Valladolid, hasta asentarse en la villa y corte de Madrid en 1566. Allí, el joven Miguel de Cervantes frecuentó el estudio general de la villa regentado por Juan López de Hoyos, donde se enseñaban los conocimientos de latín imprescindibles para emprender estudios universitarios, que se iniciaban siempre en la facultad de Artes con el acercamiento a los clásicos latinos. A pesar de la escasa documentación, puede afirmarse que, frente a otros escritores de su tiempo, Cervantes fue fundamentalmente autodidacta, pues su formación nació sobre todo de la curiosidad y el ingenio. En ese sentido, es particularmente interesante el comentario que el autor realiza acerca de la letra de Cervantes, la bastarda canónica, que era propia de escribanos, pues permite postular que el objetivo profesional del alcalaíno fuese un oficio de letrado, propio de una Corte cada vez más burocratizada. He ahí probablemente su primer objetivo profesional. En otro orden de cosas –y así lo resalta Lucía Megías– es también muy posible que el joven Cervantes emplease parte de su tiempo a frecuentar la academia literaria que presidía en el Alcázar Viejo el duque de Alba. A ella pudo acudir gracias a su amistad con Pedro Laínez, ayuda de cámara del príncipe don Carlos. Como recuerda el autor, en estos círculos se hablaba no solo de literatura, sino también de política, armas o de galantería, y los jóvenes poetas como Cervantes servían para aderezar la fiesta. Por ello, es posible imaginar que nuestro escritor

participase a veces en esta academia para tratar de abrirse camino en la Corte o en alguna casa nobiliaria haciendo gala de su arte. En este aspecto, Lucía Megías maneja certeramente las categorías mentales y sociales de la época –definidas por los estudios sobre la Corte–, así como el contexto faccional en que pudo moverse –el cardenal Espinosa, el joven Mateo Vázquez– pues dibuja con clarividencia las aspiraciones de un joven de talento en aquel universo áulico lleno de tantas oportunidades como dificultades y peligros.

El capítulo cuarto, “Miguel de Cervantes, soldado (1569-1575)”, pone su atención en los seis años que el escritor pasó en Italia, primero al servicio del cardenal Acquaviva –a quien pudo haber conocido en Madrid en 1568– y después enrolado en los tercios españoles, donde iniciaría su carrera militar siguiendo los pasos de su hermano Rodrigo. Como bien recuerda el autor, el viaje a Italia marcaría definitivamente la formación cultural de Cervantes, por conocer allí de primera mano a los autores y obras de vanguardia en el panorama literario europeo. Una vez más, Lucía Megías se sitúa en la perspectiva de un joven de 22 o 23 años para imaginar las aspiraciones que pudo albergar al iniciar una carrera militar que podría llevarlo, andado el tiempo, a progresar en el sistema de la gracia y a mayores aspiraciones en la Corte. De momento, el autor relata con elocuencia lo vivido por un soldado bisoño en la batalla de Lepanto, al paso que informa profusamente sobre la situación general del Mediterráneo y la particular encrucijada donde el Imperio Otomano y España se disputaban la hegemonía en un tablero salpicado de ciudades-estado cristiana y musulmanas. Como en el resto del volumen, Lucía Megías demuestra aquí su pericia a la hora de armonizar informaciones diversas, referentes a la vida cotidiana, a la táctica militar o a la alta política, reconstruyendo con solvencia el periplo italiano de Cervantes, quien tras participar en diversas operaciones y alcanzar el reconocimiento de sus superiores, don Juan de Austria y el duque de Sessa, se planteó regresar a España en 1575 para culminar su carrera militar con una patente de capitán que le permitiese reclutar una compañía, tal y como postula el autor de manera convincente. La mala fortuna, una vez más, truncaría los planes de Cervantes, quien fue apresado por los corsarios de Argel cuando se hallaba ya frente a las costas catalanas. Cinco años de cautiverio le esperarían en el norte de África, cinco años que cambiarían la historia del manco de Lepanto y de su literatura, en la que siempre sería ponderada desde entonces la libertad.

El capítulo quinto, “Miguel de Cervantes, cautivo (1575-1580)”, constituye probablemente el más apasionante y controvertido del volumen, dada la sugerente imagen de Argel y de lo allí vivido por Cervantes que Lucía Megías sabe proyectar a través de su prosa. Del máximo interés es su descripción de la ciudad argelina y de su particular economía, basada en la actividad de los corsarios, que secuestraban cristianos tanto en la mar como en tierra por los que pedían después un rescate. Frente al inmovilismo de la sociedad estamental propia de la Monarquía Hispánica, José Manuel Lucía Megías destaca el hecho de que la ciudad de Argel podía constituir una tierra de oportunidades también para los cristianos siempre que se renegase de la fe de Jesucristo y se abrazase el Islam. Explica que, frente a la imposición

religiosa del mundo católico, aquella tierra era propicia para el disfrute de los placeres mundanos, la movilidad social y una sexualidad más abierta, lo cual podía resultar atractivo para muchos hombres de la época, según su perspectiva. Son estos párrafos, en fin, algunos de los más discutibles de la obra, toda vez que la sociedad argelina, aunque alcanzase cierto grado de “tolerancia”, basaba su economía y su forma de vida en el secuestro y en la explotación humana, dando rienda suelta a la barbarie con demasiada frecuencia para mantener el orden, tal y como acredita la *Topografía* de Antonio de Sosa, cuya objetividad es también puesta en entredicho por el autor debido a su intencionalidad propagandística. Sea como fuere, y al margen de estas disquisiciones, el capítulo recorre materia muy variada y sustanciosa: los cuatro intentos de fuga de Cervantes, su presencia en los baños de Argel, la escritura de la famosa “Epístola a Mateo Vázquez”, su hipotético oficio de *passeur* –pasante clandestino de cautivos principales a tierras de cristianos– y, finalmente, su liberación por obra del trinitario fray Juan Gil cuando estaba a punto de ser llevado a Constantinopla. Una vez más, el rigor en el tratamiento documental –la “Información de Argel”, la “Epístola a Mateo Vázquez”, la *Topografía*, etc.– y las noticias curiosas – como el posible origen del apellido “Saavedra” o la ubicación de la cueva donde se refugió Cervantes mientras esperaba la embarcación que lo liberase– jalonan un relato brillante que, sin perder nunca el rigor, alcanza en estas páginas un sabor tan novelesco como la propia materia de que se ocupa.

La obra concluye con un breve epílogo dedicado a los huesos de Cervantes en el que se describen someramente las circunstancias que concurrieron aquel 23 de abril de 1616, cuando sus restos mortales reposaron por fin en el convento de las Trinitarias de Madrid, así como las últimas pesquisas destinadas a hallar los huesos del escritor en el interior del recinto. Atrás ha quedado *La juventud de Cervantes*, llena de fortunas y adversidades, de tentativas y caminos truncados; la vida, en fin, de un hombre, no de un mito, que en tiempos de Felipe II trató de abrirse paso empuñando la espada o manejando la pluma; a bordo de una galera o frecuentando a los poderosos de la Corte. Todo ello ha quedado relatado magistralmente por José Manuel Lucía Megías, cuyo encomiable esfuerzo ha tenido ya continuación en *La madurez de Cervantes*, que nos trasladará a Portugal para proseguir el curso de la historia, de una vida “en construcción” que en adelante tratará de alcanzar la gracia real para convertirse, antes que en escritor, en cortesano al servicio del Rey Prudente.